Con los ojos del poeta

Una experiencia de sentido en los poemas de José Manuel Arango

Ana Mercedes Mejía Salazar

Fundación Universitaria Luis Amigó

Especialización Hermenéutica Filosófica

Medellín

2011

Con los ojos del poeta

Una experiencia de sentido en los poemas de José Manuel Arango[1]

Resumen

José Manuel Arango escribió cuatro poemas titulados “Montañas”, además, en otros versos suyos la alusión a ellas es directa. Este artículo se propone indagar sobre la preferencia del poeta hacia las montañas, por lo tanto, busca responder a la siguiente pregunta: ¿Qué significan para el autor las montañas dentro de su obra poética? Para este fin se realiza un análisis de los cuatro poemas enunciados, luego, se hará un estudio comparativo de las imágenes que se repiten entre ellos. Mirar las montañas con los ojos del poeta representa acercarnos a sus mundos, tanto externo como interno, reconocerlos en sus silencios y en su cotidianidad. Rasgos como éstos y otros más, se identifican en este escrito, así como también, las resonancias que las palabras y las imágenes utilizadas por él dejan en la vivencia de quien hizo este ejercicio interpretativo.

Palabras Clave:

Montañas, roca viva, luz, camino, evocaciones, familiaridad, momento fundamental.

Abstract

Jose Manuel Arango wrote four poems he entitled “Montañas”(Mountains); besides, he makes direct reference to mountains in other poems. This paper

[1] Se entiende aquí por experiencia de sentido al acontecimiento interno que sucede en aquel que interpreta una obra de arte, en este caso los poemas de José Manuel Arango. El interpretar, es una experiencia de auto reconocimiento que se funde con la experiencia del autor. La obra entonces, no queda en el autor o en el lector, sino en la dinámica recíproca de sentido.

attempts to look into the poet's preference for mountains and, by doing so, propose an answer to the following inquiry: What do mountains mean for Arango within his poetic work? With this aim, an analysis of each poem is made, then, a comparative approach on the images common to them. Staring at the mountains through Arango's eyes means getting closer to both his internal and external worlds, and recognizing them in their silence and in their everyday existence. Features such as these, and others, are identified in this paper, as well as the way the words and images used by this poet resound in the experience of who took on this interpretive exercise.

Key words: Mountains – living rock – light – path – evocations – familiarity – fundamental moment.

Con los ojos del poeta

La intención de este artículo es acercarnos a la obra del poeta antioqueño José Manuel Arango (1937-2002, Carmen de Viboral). La pregunta generadora del diálogo con el texto es la siguiente:

¿Qué significan las montañas para José Manuel Arango en su obra poética? Para darle respuesta se ha querido realizar la reflexión de la siguiente manera: En la primera parte se hace un análisis de cada uno de los cuatro poemas que el autor tituló Montañas. En un segundo momento, se propone un análisis comparativo entre ellos, señalando los aspectos que tienen en común, así como también sus diferencias; para este fin se hace necesaria la referencia a otros poemas en los cuales la alusión a las montañas es directa.

Posteriormente y a manera de conclusión, se señalan algunos rasgos de la obra poética de José Manuel Arango y, finalmente, unos apuntes que tienen que ver con la dinámica recíproca de sentido ocurrida a través de este ejercicio hermenéutico.

1. ¿Qué percibe el poeta en las montañas cuando las mira?

1.1 Poema número uno

Montañas

Montañas

y de trecho en trecho un relámpago

débil

que las muestra de golpe

El cielo retiembla

lejos

es el mar decía el anciano

hay tempestad en el mar

no se oye trueno

los picos

de la cordillera

se recortan un punto nítidos

oscuros

y otra vez el cielo se cierra

el anciano decía

es el parpadeo del jaguar

En su obra, es el primer poema con este título, aparece en el libro Cantiga (1987), en ese entonces el poeta tenía 50 años, vivía en “las lomas de Copacabana”. (Ospina, 2002, p.118)

Está construido con versos cortos y ningún signo de puntuación, sin embargo, sus palabras tienen una distribución tal que lo convierten en una narración pausada y armónica que fluye. Aparecen versos de una sola palabra que le dan fuerza y son claves para crear la atmósfera del poema, ellos son: montañas, débil, lejos, oscuros; a través de esta organización tipográfica se percibe nítidamente el instante que describe: el parpadeo rápido de un relámpago lejano en la noche, que descubre los picos de la cordillera, y que sucede de trecho en trecho, o sea, con interrupciones; pero no hay sonido ni lluvia. Sólo el parpadeo. Inmediatamente el lector se ubica en la noche fría, silenciosa, amenazada con una tormenta que está sucediendo en un sitio muy lejano.

En este poema se palpa su “exitoso esfuerzo por incorporar un matiz de prosa para comunicar al poema el sabor de un duro realismo como cuando prodiga las precisiones físicas”. Ospina (2002):/ y otra vez el cielo se cierra/. El estilo en el cual está escrito, las palabras con su cadencia y su fuerza evocadora,

los silencios, son como una fotografía que capta el preciso instante en el cual las montañas son alumbradas en la noche.

Contiene además, imágenes y personajes míticos que lo nutren y recrean la atmósfera inicial:/Es el mar decía el anciano/ hay tempestad en el mar/. Y al final concluye: /El anciano decía/ es el parpadeo del jaguar.

El anciano, el mar, el jaguar y de por sí las montañas, aparecen en la mitología de la gran mayoría de las culturas, son figuras cargadas de fuerza y de poder. En este caso enriquecen el poema y le confieren un halo de misterio que le da profundidad y dimensionan el instante descrito, evocando la sabiduría del anciano que es capaz de interpretar el relámpago como el parpadeo del jaguar.

Esta imagen final: /Es el parpadeo del jaguar/ es concluyente y deja en la memoria del lector la sensación de haber presenciado en el silencio de la noche un momento sagrado.

Dándole una mirada de conjunto al poema se podría decir que la idea general es la descripción de lo que observa el poeta en un instante: los picos de la cordillera que son alumbrados por la luz de un relámpago, anunciando una tormenta lejana en el mar. Este momento le trae al poeta una imagen mítica: el anciano que predice lo que sucede en la lejanía y el relámpago traducido como el parpadeo del jaguar.

1.2 Poema número dos

Montañas / 1

Nada en ellas es blando.

No son éstas, por cierto,

las formas de una tierra

llana y amable.

Aquí hay breñas y riscos, no redondas

colinas. Su apariencia

hace saber la roca

de la entraña: osaturas,

declives mondos.

Ya los mismos nombres

con que hablamos de ellas

dicen lo que son: una sierra,

el boquerón, el cerro,

la cuchilla.

Líneas secas,

tajantes.

Y esa luz,

esa reverberación de la luz,

esos desfiladeros deslumbrantes.

2

Dáme, dios,

mi dios,

mi diosecito pequeño,

rústico:

Tú,

A quien creo acariciar

cuando le paso por el lomo

la mano a mi perro,

dáme

esta dura apariencia de montañas

ante los ojos

Siempre.

Este poema y los dos siguientes aparecen en el libro Montañas (1995). Lo único que los diferencia es la numeración que aparece en su título. El libro empieza con **Montañas /1** y termina con **Montañas /3**. El primer poema se divide en dos: la primera parte es una descripción sobre las montañas y la segunda es una plegaria.

¿Qué observa el poeta en las montañas cuando las mira? En su apariencia externa las describe duras, bruscas, con líneas tajantes,/ nada en ellas es blando/ es la tierra quebrada entre peñas, poblada de maleza, escarpadas, sin posibilidad de transitar por ellas ya que no son colinas pequeñas ni llanuras. Su exterior delata la roca que la compone en su interior. La manera como las nombramos habla ya de su identidad: una sierra, el boquerón, el cerro, la cuchilla. Términos que dan cuenta de su poder, grandeza y hostilidad.

Después de nombrarlas cambia la atmósfera del poema iniciando con estos sorprendentes versos: /y esa Luz/, / esa reverberación de la luz/, / esos desfiladeros deslumbrantes./ transformando así el paisaje rudo en algo bello y evocador cargado de brillo, pareciera que por un instante la luz hiciera olvidar tanta dureza y lo invitara a tener un momento íntimo de relación con la divinidad.

Con este ambiente de admiración y contemplación inicia la segunda parte del poema. El autor le hace una plegaria a dios, a su dios: /dame/ esta dura apariencia de montañas/ ante los ojos/ siempre/. Pide para sí la apariencia de dureza, firmeza, quizás el deseo de no ser transitado en su interior, pero también la luz reverberante hace parte de la apariencia de las montañas, ella entonces, se incluye en su petición, ya que es imposible separar la luz de las montañas que alumbra, el paisaje lo conforman las dos. Nos está confesando, con esta petición su deseo íntimo de permanecer solo, de dificultar la entrada a su ser de hombre silencioso y contemplativo, “amigo de las montañas”.

A través de esta plegaria hace una bella descripción de su dios: es un dios pequeño, en minúscula y en diminutivo, que contrasta con la inmensidad de las montañas, un dios del campo, sencillo, como su perro, que lo acompaña en sus momentos de contemplación y a quien acaricia familiarmente. Es un dios fiel, cercano siempre, que está en su mundo, no afuera, en las alturas, intocable e invisible.

Este poema es una oración bella, reveladora de intimidad, aquí el autor confiesa el deseo de tener siempre una apariencia de risco, de sierra, que alumbra y brilla sin hacer alarde de grandeza, oración reveladora también de su vivencia con dios, de su silenciosa vocación de contemplador de la naturaleza.

Mirado en su conjunto, el poema es una exaltación de la rudeza de las montañas y del contraste que genera en ellas la luz, que las embellece. Ante este paisaje deslumbrante, el autor eleva una plegaria a su dios, anhela la misma apariencia de dureza siempre.

1.3 Poema número tres

Montañas / 2

1

O la familiaridad de las piedras.

Con frecuencia el espinazo de la montaña se arquea

bruscamente

como para hacer fácil el trabajo del viento.

En esas descarnadas jorobas aparece la roca viva.

Son grandes piedras carcomidas por la erosión.

El camino pasa entre ellas.

2

Cirros livianos sobre la ladera.

Ni siquiera parecen

dar sombra.

3

Y a cada vuelta del camino,

otras lindes, una nueva apariencia.

Y esa luz, el azogue

de la luz: una lava

por la ladera abajo.

4

De niño era un juego

de niño:

Cerrar los ojos

contra la luz

Y ver, a contraluz, el rojo

de la sangre a través

de los párpados.

5

Un racimo bermejo,

picoteado ya de los querqueses, cuelga

sobre el desfiladero.

El poema contiene cinco estrofas, cada una de ellas está numerada y hace énfasis en un aspecto de las montañas, menos la cuarta que evoca un recuerdo de la infancia.

El primer verso es contundente: / O la familiaridad de las piedras/. Las piedras hacen parte de las montañas, su columna vertebral es roca, carcomida por la erosión / En esas descarnadas jorobas, aparece la roca viva/. Pero se arquean para dejar pasar el viento y en medio de ellas hay caminos. Son transitables, por allí pasa el caminante.

En la segunda y tercera estrofa nos insinúa que sus laderas están bañadas por un sol fuerte, los cirros son tan débiles que no alcanzan a dar sombra. La luz es comparada con una lava que corre por sus laderas / Y esa luz, el azogue/ de la luz: una lava/. Todo en ellas es enérgico y dinámico, la narración da cuenta de unas montañas que están vivas, que se acomodan para que pase el viento y el camino.

En la cuarta estrofa viene la evocación de la infancia: ante esas moles de piedra iluminadas por una luz incandescente el niño, el poeta niño, jugaba cerrando los ojos para ver la luz, identificada en su color rojo como la sangre. El

adulto ve la dureza de sus picos y el niño, en sus recuerdos, la magia que produce el resplandor encendido.

En la quinta y última estrofa nos hace ver en las laderas un racimo maduro picoteado por los querqueses. Es un detalle de gran sutileza, es un segmento dulce de un paisaje hosco.

Contrastan la gravedad del inicio:

/grandes piedras carcomidas por la erosión/

Con la simpleza del final:

/un racimo bermejo/ picoteado ya por los querqueses/.

El agua y el viento carcomen la roca y unos pajaritos frágiles picotean un racimo, que hace parte de la vida de la montaña como el camino, la luz, la mirada del niño y del adulto. Ellas siempre están ahí transformándose por fuera y por dentro y siempre serán paisaje evocador.

El poema en su conjunto es la descripción de la apariencia interna y externa de las montañas: su contextura es "roca viva", esta conformación se puede observar porque el camino pasa entre ellas. En su parte externa la descripción se concentra en dos hechos que embellecen su ladera: el resplandor de la luz que cae como lava y un racimo maduro picoteado por los pájaros. Este sol candente del paisaje lleva al poeta a evocar sus juegos de infancia.

1.4 Poema número cuatro

Montañas / 3

1

Con el vaso en la mano, mirando las montañas,

le acaricio el lomo a mi perro.

Estas montañas nuestras

del interior,

casi olvidadas de tan familiares,

casi invisibles de tan vistas,

no es seguro siquiera que no sean

enseres en un sueño.

Estas montañas hoscas

que se adelgazan,

que se ensimisman en nosotros.

Ya sólo acaso una manera

De la voz,

Del paso,

Del gesto.

2

Me gusta acariciarlas siguiendo con los ojos

morosamente

sus líneas abruptas,

mientras en sus dorsos la luz

de modo imperceptible

va del verde al azul

al violeta.

Me gusta acariciarlas con los ojos,

como acaricio

el lomo de mi perro con la mano

libre.

El poema está dividido en dos partes: al inicio, en los dos primeros versos, centra al lector en un momento cotidiano vivido por el poeta: está mirando las montañas, bebiendo algo y acariciando a su perro. Momento que con certeza, conociendo su preferencia por el paisaje de montañas, por la soledad y la compañía permanente de su perro, se repitió muchas veces en su vida que transcurrió la mayor parte del tiempo en el campo.

En la segunda estrofa y continuando con esta atmósfera de cotidianidad el poeta se expresa, como en un monólogo, sobre el grado de familiaridad que tenemos con las montañas, están dentro de nosotros, hacen parte de nuestra voz, de nuestro caminar, de nuestros gestos y hasta del inconsciente: /No es seguro siquiera que no sean/ enseres en un sueño/. Imagen nítida, es un hallazgo poético que le da fuerza y profundidad a lo que quiere decir, ya que los enseres son los utensilios comunes de una casa como los muebles, los objetos de uso diario. Que las montañas aparezcan en nuestros sueños como enseres quiere decir entonces, que están incluidas de raíz en nuestra vida, en el pasado, en el presente, en el día, en la noche, en todos los lugares, están ahí tan adentro: / que se ensimisman en nosotros/.

En esta primera parte también habla nuevamente de la hostilidad de las montañas, sin embargo se adelgazan para entrar en nosotros. En la segunda parte transmite su gusto, su afecto por ellas: / Me gusta acariciarlas siguiendo con

los ojos/ morosamente/ sus líneas abruptas/, sin afán las contempla, igual o con el mismo cariño con el que acaricia a su perro. Habla de sus líneas abruptas, repite la misma idea que en la primera parte, pero aquí se refiere también a lo que ocurre cuando las mira:/ mientras en sus dorsos la luz/ de modo imperceptible/ va del verde al azul/ al violeta/. En su lenta mirada logra distinguir el cambio en el tono de los colores en el atardecer. El instante descrito es evocador, son de tal fuerza sus palabras, que ese momento del día queda ahí detenido en el poema.

Los cuatro últimos versos, nos conectan con el inicio: / Me gusta acariciarlas con los ojos,/ como acaricio/ el lomo de mi perro con la mano/ libre/. O sea, con la mano que no tiene ocupada con el vaso. Este detalle no es casual, nos remite al momento en el cual está bebiendo algo, acariciando a su perro y contemplando o acariciando con sus ojos las montañas del interior, las nuestras, las que vemos todos los días sin darnos cuenta.

Se podría decir entonces, que en el poema se perciben dos momentos: los primeros versos son una conversación con el lector, el poeta le cuenta lo que está haciendo, los siguientes tienen más la estructura de un monólogo, en el cual se ensimisma contemplando en silencio las montañas. Al final, sale de sí mismo y vuelve a coger el estilo de diálogo iniciado al principio, se vuelve a conectar con el lector.

El hilo conductor del poema es la familiaridad que tenemos con las montañas, por el hecho de estar ahí siempre se nos vuelven invisibles. Aparece también familiar el gesto de mirarlas mientras bebe algo y acaricia a su perro. Un hecho que indudablemente realizaba el poeta con frecuencia en su diario vivir.

2. **¿Qué lazos teje el autor entre los poemas cuyo tema principal es las montañas?**

Estos cuatro poemas anteriores son una mirada contemplativa del poeta hacia las montañas, una manera de “acariciarlas con los ojos”, a través de la que sus

montañas adquieren vida, se transforman en seres que delatan el paso del tiempo, con “entrañas”, que tienen dorso, espinazo, que se encorvan; seres evocadores de la niñez y de la juventud que a pesar de su rudeza permiten siempre el paso del viento, del camino y de la luz.

Además, en cada uno de estos versos el autor está registrando algún “momento fundamental”, es decir, de armonía consigo mismo, donde el éxtasis logrado desde la sublimación de la realidad o desde las evocaciones que lo funden con el paisaje, lo lleva a intuir imágenes mitológicas y a expresar realidades íntimas. Lo que es un momento fundamental nos lo expresa el autor en una entrevista realizada por Cristóbal Peláez:

> Existen esos momentos en que se produce el acuerdo con uno mismo y con el mundo. Son esos instantes de armonía. Aquello que los místicos llaman éxtasis, lo que el budismo Zen llama iluminación. Esos instantes se logran muy de vez en cuando(...) Se puede dar en el momento en que miramos las montañas, hablando con amigos, en el baile, en el amor(1990)

Veremos entonces a continuación, como se dan estos aspectos en los cuatro poemas y en otros cuya alusión a las montañas es directa; me refiero a las coincidencias que se presentan en ellos (visiones antropomórficas de las montañas) y a la narración de evocaciones y de momentos fundamentales.

Encada verso las montañas adquieren vida propia, se mueven, en ocasiones se achiquitan y mantienen la dureza y la hostilidad como rasgo común:

/No se oye trueno/ los picos/ de la cordillera/ se recortan un punto nítidos/ oscuros/ y otra vez el cielo se cierra/ (**Montañas**)

/Aquí hay breñas y riscos, no redondas/ colinas. Su apariencia/ hace saber la roca/ de las entrañas: osaturas, / declives mondos. / (**Montañas / 1**)

/ En esas descarnadas jorobas aparece la roca/ viva. / Son grandes piedras carcomidas por la erosión. / (**Montañas /2**)

/ Estas montañas hoscas/ que se adelgazan, / que se ensimisman en nosotros/. (**Montañas / 3**)

Estos versos guardan imágenes que avivan la quietud de las montañas, no son seres inertes, ellas se mueven, cambian de forma, han sido modeladas por la erosión, lo que hace ver y sentir el paso del tiempo. En medio de su majestuosa y silenciosa presencia, las palabras de exaltación hacia ellas que utiliza el autor las convierte en seres con vida propia que son, además, compañía evocadora.

Ellas tienen vida, forma, historia: son jorobas descarnadas, rocas vivas en movimiento que se adelgazan, se recortan, tienen osaturas en sus entrañas. Además de sentirlas como seres vivos, este aspecto de piedra, de peñasco, de rudeza, atrae la atención del poeta, quizás porque intuye el rastro de una historia milenaria en cada borde de esas piedras y de esos picos.

En estas formaciones rocosas hay una huella escrita y una vida imaginada, el poeta la percibe y nos la atestigua en los versos transcritos anteriormente y en otros dos poemas. El primero, es en Abril: / En abril la montaña se aduenda, se aniña, / en abril nos sorprende su apariencia ligera./(Arango, 2007, p. 285)

Esta imagen está cargada de gran vitalidad, una montaña, en medio de su majestuosidad, es capaz de volverse niña para seguirle el juego a la época de verano, donde cobra vida con más fuerza la alegría. Y en el mismo libro, en la parte de poemas inéditos aparece uno llamado **Égloga**, allí nos expresa: / Estas montañas de apariencia / tranquila/ sabe Dios qué de formas/ se habrán engullido/. Es decir, que cantidad de transformaciones han soportado atropelladamente, sin digerirlas y en una cantidad de tiempo indeterminado: “Cada herida, cada formación demuestra que algo pasó, cierto y contundente aunque el hombre no estuviera allí para testificarlo”. (Cifra, 2011, p.14)

Otro rasgo común es el contraste en el aspecto que presentan las montañas: Son de “apariencia tranquila”, pero a la vez, son hoscas por ser picos, breñas, rocas. Y sin embargo, son bellas, se dejan adornar por la luz que hace parte de su paisaje. En todos estos poemas la referencia a la luz es una constante que aparece y suaviza tanta rudeza, la transforma embelleciendo su figura y sublimando la imagen de brusquedad que se lee al principio de cada uno.

En el fragmento de **“Montañas”** transcrito anteriormente, los picos se ven nítidos con el relámpago en la oscuridad, éste en un “parpadeo” ilumina la noche. En **Montañas /1**, el poeta utiliza una expresión que sorprende ya que los versos anteriores están centrados en la rudeza: /Y esa luz, / esa reverberación de la luz, / esos desfiladeros deslumbrantes. / En **Montañas / 2**, la expresión se repite: / Y esa luz, el azogue/ de la luz: una lava/ por la ladera abajo. En **Montañas / 3**, lo expresa de la siguiente manera: / Me gusta acariciarlas siguiendo con los ojos/ morosamente/ sus líneas abruptas, / mientras en sus dorsos la luz/ de modo imperceptible/ va del verde al azul / al violeta /.

Pero no sólo en estos cuatro poemas aparece la vivencia de la luz cuando el poeta mira, “acaricia”, a las montañas. En **Abril**, nos expresa: /Ocre y verde. / Montañas/ y más allá montañas: una fuga de formas. /Y por sobre ellas la luz, / azul y dorada.

Aquí ya el paisaje cambia, no es la rudeza, sino la luz la que predomina, cambia la aridez transmitida en los versos anteriores de cada poema. Además de esta nueva sensación de claridad, de resplandor, de belleza que invade al lector, le deja también la alucinación de una imagen sublime, imposible de olvidar…/Una fuga de formas. / Y por sobre ellas la luz, /azul y dorada.

Sin explicitarlo, en ese juego de luces y montañas el autor nos está reviviendo ese acontecimiento armonioso y fundamental del atardecer o del amanecer, en el cual el horizonte se transforma por instantes en un paisaje iluminado por la mezcla de colores que inspira y ensimisma a quien lo contempla, momentos sagrados

que inevitablemente llevan a su observador a una actitud de evocación y de relación íntima con la divinidad.

Pero ya en la noche, la iluminación producida por el relámpago que anuncia la tormenta, produce otro efecto fundamental, otra clase de luz. La atmósfera que nos transmite el poema **Montañas** es diferente. Es misteriosa, el poeta acude a una imagen ancestral: el anciano que predice la tormenta en el mar, en la lejanía, y el jaguar, "Guardián de la oscuridad", que deja sentir todo su poder en un relámpago que es su parpadeo. Allí, aunque el poema se llama Montañas, las protagonistas no son ellas, sino la imagen mitológica del anciano, del mar, del jaguar y del anuncio de la tormenta, ellas son el telón de fondo de esta visión legendaria.

La familiaridad con las montañas es otro sentimiento que se repite en sus poemas: / Ya solo acaso una manera/ de la voz, / del paso, / del gesto./ Son tan cotidianas que se acarician con los ojos de la misma forma que se acaricia al perro con la mano.

El hecho de estar siempre ahí, como horizonte permanente las convierte en testigos de la infancia, de la juventud, de la vejez: En **Égloga** bellamente nos dice el poeta: / Y, siempre / ante los ojos, las montañas / Irónicas, astutas / Fueron para el joven llamada, / incitación / Ahora para el viejo son apenas / triste pasto de la mirada, / lejos ya el sudor cálido, el galope / del corazón / cuando escalarlas era / hacer el amor/… /Cuántas veces / sentados frente a ellas / - las silenciosas- / hemos hablado/ ¿De qué? de los pequeños asuntos / que encubren nuestras quiebras íntimas. / Momentos de "éxtasis", como lo menciona el poeta, que se dan cuando se miran las montañas o se conversa con los amigos asuntos íntimos y de los que sólo queda el recuerdo y las montañas de testigos.

Hay otro poema breve que hace parte no sólo de esos momentos de éxtasis que se dan cuando se miran las montañas, sino también que nos dibuja el contraste que está latente en todos ellos entre la grandeza de las montañas y los

pequeños detalles que también hacen parte de ellas como la luz, el camino, los querqueses, la infancia. El poema se llama **Medida** y está en el libro Montañas. Es una imagen transparente y armónica: /Frente a la gravedad de la montaña/ qué liviano resulta el gesto del niño/ sí / guiñando un ojo / la mide con el jeme/. Arango (2007, p. 192)

Creo que en la pequeñez y profundidad de ese poema queda revelado lo que para José Manuel Arango es un momento fundamental, como también, el poder evocador que ejercen hacia él las montañas.

Diríamos entonces concluyendo este análisis comparativo, que el primer poema **Montañas**, guarda relación con los otros tres si lo miramos desde el punto de vista de la referencia a las montañas, a la luz que las ilumina, a su trasfondo evocador; pero su estructura y su tema son diferentes, ya que no tiene puntuación, sus versos son más cortos, su atmósfera le transmite al lector otro ambiente, el del misterio que de por sí traen la noche, la lejanía del mar, la tormenta.

Los otros tres conservan el mismo título, su estructura y su tema son más parecidos. En las primeras estrofas presentan el paisaje de las montañas, su rudeza y luego, entra en ellos el paisaje de la luz. Sin embargo, cada uno guarda también su identidad propia, me refiero a la evocación, al momento fundamental que el poeta vive en su contemplación y que lo expresa en los versos finales:

En **Montañas / 1**, aparece el anhelo de tener la apariencia de dureza ante los ojos, como las montañas y este anhelo lo convierte en oración. En **Montañas / 2**, la evocación es un recuerdo de la infancia, el juego de cerrar los ojos a contraluz y en **Montañas / 3**, se resalta el momento de la contemplación hacia ellas, el disfrute de acariciarlas con los ojos, con el mismo gesto con el que acaricia a su perro, a su compañero. Personaje, por demás, importante en estos poemas ya que le da a los versos el tiente de la cotidianidad, de la compañía permanente a su amo y de los lazos invisibles que lo unen a los dos.

3. Rasgos de la obra poética de José Manuel Arango que se revelan a través de los poemas anteriores:

Las montañas para José Manuel Arango son espacios amados, fuentes de inspiración. Su afecto y simpatía por ellas tiene que ver, sin duda, con su gusto por el campo; su infancia la transcurrió en una finca en el Carmen de Viboral, allí le ayudaba al abuelo en sus labores, siendo adulto decidió vivir nuevamente en las afueras, buscando momentos de armonía que sólo el silencio y la soledad del campo pueden brindar. Vivió en la zona rural de Copacabana hasta el día de su muerte; desde allí contemplaba diariamente sus montañas. En estos poemas entonces, están presentes sus raíces campesinas así como también, el paisaje que miraban sus ojos todos los días y que le proporcionó momentos de "éxtasis" o de "iluminación".

Son escritos con un lenguaje sencillo, que de una manera transparente deja pasar la cotidianidad de la vida, las simplezas que en ella se registran, los paisajes naturales que se transforman en imágenes que nos hacen sentir nuestros vínculos con el cosmos, así como también, sus manifestaciones silenciosas como un atardecer, o un relámpago, por ejemplo, que irremediablemente despiertan en el poeta recuerdos de infancia, fenómenos naturales, dicho con sus mismas palabras "momentos fundamentales".

Sus palabras son vitales, nacen de su propia visión del mundo, y de sus vivencias, es a través de ellas que se comprende a sí mismo y al mundo, por eso lo que transmite tiene resonancia en aquel que las interpreta, son capaces de generar en el lector la experiencia de lo bello. Hay en su forma de contemplar y de recrear la realidad una cercanía a la experiencia de lo sobre natural, que no está fuera de nosotros, sino en nuestra cotidianidad:

> Siempre me ha acompañado la convicción de que lo sagrado, lo que Lezama Lima llama sobre naturaleza, no puede negarse impunemente. Sólo que no es cosa del otro

> mundo. Son fuerzas que uno encuentra en todas partes: en un árbol, en un pájaro, en un niño. Arango (2007, p. 12)

Un estilo que tiene una clara influencia de la poesía norteamericana. En los años sesenta José Manuel Arango hizo una maestría en literatura y filosofía en la universidad de West Virginia, en Estados Unidos:

> Era sobre todo un tiempo de auge y florecimiento de la poesía norteamericana. Más que el movimiento Beat, me atrajo otra corriente menos ruidosa: la que podríamos llamar neoimaginista porque reconocía por maestros a Pound, a Wallace Stevens, a William Carlos Willians. Arango (2007, p. 10)

Él se nutre de estos poetas quienes buscaban a través de imágenes dar cuenta de su realidad, como nos lo afirma Ernesto Cardenal, en la Antología de poesía norteamericana, allí afirma en el caso de Wallece Stevens: "Se ha inspirado también en la realidad cotidiana y la vida urbana contemporánea, pero en un plano de fantasía, de abstracción y de sueño". (2007,p.19) A la vez se observa su cercanía con el estilo de William Carlos Willians de quien nos comenta Cardenal:

> Con frecuencia sus poemas son trocitos de prosa que por la forma en que él la acorta se vuelve poesía. Sus temas son casi nada, la vida diaria, el acontecimiento presente, que muchas veces escribía entre paciente y paciente en su papel de recetas: "Todo es material para la poesía. Todo", decía el autor. (2007, p. 22)

Yo diría que es un estilo que capta los instantes sutiles e inspiradores que sólo quien mira con ojos de poeta es capaz de registrar, como en el caso del niño que observa la montaña guiñando un ojo para poderla medir con sus dedos. Son imágenes sugerentes, capturadas en poemas cortos, pausados, silenciosos, cargados de emoción y de intimidad.

4. La experiencia de sentido

El interpretar es una vivencia personal que se funde con la experiencia del autor, por lo tanto, el sentido que se va descubriendo es existencial, va generando una dinámica recíproca entre la experiencia del que escribe y del que la interpreta: “La comprensión no se agota en el autor ni consiste en revivirla”. (Gadamer, 1984, p. 452) La lectura cuidadosa y la interpretación de estos poemas nos agrandan el horizonte, nos enseñan otra manera de ver el paisaje que involucra los ojos, el tacto, el olfato, el oído.

Mirar las montañas con los ojos del poeta es acercarnos a su entorno que es el campo, a su gusto por el silencio, también es acercarnos a su intimidad, a sus momentos fundamentales, sus anhelos, sus recuerdos, su cotidianidad. Pero no es sólo esto, quien se deja llevar por su forma de observar aprende que mirar con profundidad es acariciar, que la mirada es luz que vuelve visible lo invisible, que podemos palpar lo bello en los evocaciones que esa manera de mirar nos despiertan.

Estos poemas son una mirada prolongada de la vida en el cosmos representado en las montañas; nos permite captar la belleza, sentir sus efectos en todo nuestro ser: “La belleza es a la vez un relieve del mundo contemplado y una elevación de la dignidad de ver”. (Bachelard, 1982, p. 278)

Es una mirada tan sutil y delicada que se hace imposible, después de haber leído estos poemas, volver la vista hacia las montañas y no vislumbrar en ellas su estructura de roca viva, su historia milenaria, su cercanía con la divinidad. En los atardeceres que puedan contemplar los ojos, no pasarán ya desapercibidos los tonos resplandecientes sobre los picos de las montañas y los relámpagos en las noches revelarán, aunque no las estemos viendo, las líneas tajantes de las cordilleras.

Pero no es sólo el hecho de reconocer las montañas y hacerlas conscientes en nuestro paisaje diario, es especialmente, la posibilidad de tener una experiencia estética de la realidad en cada una de las imágenes vivas que nos presenta el poeta, disfrutar por ejemplo, la genialidad de concebir las montañas como enseres en los sueños, recordar cuando pequeños mirábamos el resplandor del sol para luego cerrar los ojos y ver muchas figuras en movimiento, sentir la emoción de reconstruir el gesto del niño guiñando un ojo para medir con su dedos la montaña.

Mirar con los ojos del poeta, es entonces, elevar la dignidad de nuestra mirada hasta el relieve de lo bello y quedarnos allí para seguir descifrando las verdades existenciales de la vida.

Referencias

Arango, José Manuel. (2007) Poesía completa. Colección poesía. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

Bachelard, Gastón. (1982) La poética de la ensoñación. México. Fondo de Cultura Económica.

Cardenal, Ernesto. (2007) Prólogo. En: Antología de la literatura norteamericana. Venezuela. Fondo editorial el perro y la rana. Consultada en marzo de 2011. Recuperada de: http://es.scribd.com/doc/25948918/Antologia-De-La-Poesia-Norteamericana

Cifra, Juliana. (Febrero, 27,2011) Salomón Kroonenberg. El hombre: un suspiro en el tiempo. *Generación.* Temas contemporáneos. El Colombiano.

Gadamer, Hans-Georg. (1984) Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica. Salamanca. Ediciones Sígueme.

Ospina, William. (2002). José Manuel Arango. El amigo de las montañas. *Revista Cromos.* Bogotá, núm 4.400.

Peláez, González, Cristóbal. (1990) José Manuel Arango. Sí hay algo que decir, está ahí en el poema. Entrevista publicada en: *Revista Vía pública,* núm. 5. Consultada en enero de 2011. Recuperada de: http://www.matacandelas.com/EntrevistaJoseManuelArango.html

Bibliografía

Alvarado, Tenorio, Harold. (Nov. 25 de 1984) Una generación desencantada. Los poetas de los años setentas. *Magazín del Espectador*. # 87.

Bachelard, Gastón. (1975) *La poética del espacio*. México. 2ª ed. Fondo de Cultura Económica.

Gadamer, Hans-George. (2008) *La actualidad de lo bello*. El arte como juego, símbolo y fiesta. 2ª ed. Buenos Aires: Paidós.

Gutiérrez, B. Carlos. (2008) *Ensayos hermenéuticos*. México: Siglo XXI Editores.

Ortiz-Osés, Andrés. (2003) *Amor y sentido*. Una hermenéutica simbólica. Barcelona: Anthropos editorial.

Cibergrafía

Ardila de Gutiérrez, Emma Lucía. (2006) Poética de la obra de José Manuel Arango. En: *Revista Estudios de filosofía*. #33. Medellín. Consultado en enero de 2011. Recuperada de: http://www.scielo.unal.edu.co/scielo.php?pid=S0121-36282006000100010&script=sci_arttext

Ospina, William. (2002) José Manuel Arango. La radical extrañeza de todo. En: *Revista Número*. #33. Bogotá, Colombia. Consultado en enero de 2011. Recuperada de: http://www.revistanumero.com/33jose.htm

Poesía y silencio en José Manuel Arango. En: *Poesía de Antioquia*. Un espacio para difundir poetas y poemas, críticas, reseñas, publicaciones y libros en el departamento de Antioquia, Colombia. (2009). Consultado en enero de 2011.

Recuperada de:http://poesiadeantioquia.blogspot.com/2009/11/poesia-y-silencio-en-jose-manuel-arango.html